



LA EXPOSICIÓN

## EN LA HORA DEL CONCIERTO

De tres á cinco es la hora de la multitud, de la alegría, del gran tumulto y de lo imprevisto. Por la mañana no van al Campo de Marte más que los demasiado celosos, los que quieren verlo todo y van de galería en galería con la guía en la mano, y los ingenieros, los fabricantes y hombres de negocios, todos ellos poco ó nada elegantes y acostumbrados á madrugar. Nada menos parisiense que ir á la Exposición antes de la tarde: es de mal gusto.

El parisiense es perezoso en cuanto es bastante rico para serlo. Difiere en esto del provincial, pero se parece en ello mismo á toda la colonia extranjera de París. A las tres de la tarde, y no antes, hacen su aparición nuestros ociosos al pie de la torre Eiffel, echando al paso una mirada negligente por aquí y por allá. La Historia de la habitación. ¡Bah! ¿qué les importa? ¿Y los pabellones, y los palacios, y las flores y los árboles? Todo les es indiferente. Si van á la Exposición es por los encuentros y porque el sitio no es desagradable. ¿Adónde irán á comer? ¡Grave cuestión! La taberna rumana es demasiado pequeña; la czarda está muy lejos; no se puede volver siempre á las fondas de la torre. Pero, en efecto, ¿qué hacer antes de comer? Las músicas militares suenan á derecha é izquierda en los bosquetes enviándose unas á otras trozos de *Fausto* y de *Carmen*, ritmos

de mazurcas y pasos dobles. Se va y se viene bajo los toldos al rededor de la Fontana del navío de París... ¡Hola! ¡Búfalo-Bill, el lanzador de búfalos, con un diputado!... Entra en un café y se pone á hablar como un simple mortal con dos galopines de cocina vestidos de blanco calicó. Pero nuestro hastiado parisiense no se ocupa en estas bagatelas. Su gran cuidado y suprema ocupación es matar tiempo.

No le propongáis entrar en el palacio de Bellas Artes ni en el de las Artes liberales, ni en las galerías de la industria ni en la galería de las máquinas. Harto y sobrado es que en los primeros días tomara una tintura de estas cosas. La calle del Cairo no lo divierte ya; sólo las fuentes luminosas lo atraen todavía.

En fin, Dios os preserve de encontraros en vuestro camino á este escéptico que arrastra su trivialidad decorativa y su hastío de presunto refinado. La comida acaso lo enardezca. ¡Oh, amigos míos! es lo único que desea, por toda gracia.

Parece que es la hora á que las damas circulan. ¡Pardiez! ¡Magnífica arquitectura la de sus sombreros, verdaderos quitasoles truncados por detrás y velados por delante! Cuando una dama de estas mueve la cabeza, tiembla el andamiaje de sus plumas y cintas, de sus gasas y flores y hasta pájaros. ¿Es bello? No precisamente. ¿Es feo? Mas bien es extraño.

Se ven inglesas vestidas de *babys*; brasileñas con volantes, con su tez mate y sus ojos aterciopelados, las cuales no saben de qué hablar y hablan sin cesar con su voz de carraca; italianas que bostezan tomando posturas lánguidas é interesantes, noruegas que confunden su mirada azul con el azul del cielo. Se oyen exclamaciones en todas las lenguas y risas en todos los tonos y se ven trajes de todos colores.

Algunos hombres sentados bajo los toldos se abanicán con los sombreros; otros hacen cálculos en un trozo de papel; otros hablan de política. Los chicos por otra parte porfían en la carrera ó hacen pasteles de arena como en el *Palais Royal* y en las Tullerías.

El sol cae á plomo sobre nuestras cabezas y respiramos polvo fatigosamente yendo á dar siempre con pabellones que no están aún abiertos. Entretanto las músicas militares continúan con más estrépito, y trozos de los *Hugonotes* se cruzan en el aire con trozos del *Dominó negro*.

Muchos curiosos se entretienen bajo la torre Eiffel. No pocos echan la cabeza atrás examinando el enorme ascensor de compartimientos sobrepuestos que sube y baja con un ruido de marea alta. Se mira también, tanto como se puede, cierto vano que se abre en el primer piso, de donde cuelgan unas cuerdas, que sirven para subir todas las mañanas las provisiones necesarias á los cuatro cafés-fondas instalados á mitad del camino del cielo.

Cada cual hace sus reflexiones al paso. — La torre Eiffel, dice uno, debería terminar en aguja como un campanario de catedral. — Pero, joven, contesta otro, la torre Eiffel no es un campanario de catedral. — Es el más bello de los monumentos modernos, dice este otro. — ¡Bah! exclama un desconocido, es de un arte inferior... ¿Inferior á qué?

¡Oh! si creéis que los críticos de todas categorías faltan en la Exposición universal, estáis en un error.

Ahora nos encontramos delante del kiosco de la música, al pie de la terraza del palacio de Bellas Artes; lindo pabellón circular, elevado sobre dos gradas y á cubierto del sol bajo floridos árboles, que parecen haber brotado allí por encanto. Las mujeres son numerosas aquí. Es la exposición de las jóvenes casaderas, si no estoy equivocado, las



cuales miran á derecha é izquierda con movimientos de gatas. ¡Pardiez! Si pudiera pasar un hijo de rey... no hay joven parisiense que no sueñe en casarse con un príncipe. Donde quiera que se hallen sueñan y esperan. ¿Qué diablos ha de interesarles la Exposición? Ni siquiera piensan en ella. Han visto á los negros y á los árabes de la explanada, á los anamitas, que parecen mujeres, á los javaneses de color de azafrán y cargados de oro; han atravesado la galería de las máquinas, visto algunos trajes espléndidos en una rotonda y envidiado algunas joyas; lo demás les es indiferente, y en esto ocúpese quien quiera.

Esto se acaba: la tarde declina y las músicas suspenden su armonía. Todos los que visitaban los palacios y las galerías refluyen hacia el jardín central y el vestíbulo de la escultura.

Son las seis y media y las idas y venidas producen un movimiento y confusión de hormiguero. Algunas jóvenes americanas contemplan sin espanto ninguno las estatuas menos vestidas. No puede decirse, á buen seguro, que hayan visto muchas otras, pero el arte no tiene para ellas misterios.

Dos operarios se detienen ante el *Mirabeau* contestando á *M. de Dreux-Brézé*, famoso bajo-relieve de Dalou.

— ¿Hay gente dentro?

— Tiene aspecto de enojo ese de la cara grande.

— Ha de ser Dantón. ¿Sabes el asunto?

— No, á fe, pero con toda evidencia pasa ahí algo grave.

¡Y se dice luego que la historia de la revolución es popular en Francia!..

Aparece un abate preceptor, que ha llevado al niño Bob á la galería de las máquinas y teme llegar tarde á la comida.

Por su parte, el niño Bob quisiera detenerse un rato en las esculturas.

Pero el bueno del abate lo importuna con sus amonestaciones.

— Vamos, Bob, le dice, vamos pronto, pues luego no encontraremos carruaje.

— En hora buena, señor abate; iremos á pie. Siempre decís que es bueno hacer economías.

— Sí, pero no es esta la oportunidad de aplicar la máxima.

— En hora buena, señor abate.

— No miréis esas estatuas, Bob.

— Pero señor abate, ¿se hace algo malo con mirar estas estatuas?

— No es conveniente mirarlas.

— Por ventura ¿creéis que debían ponerse enaguas?

— No seáis ridículo, Bob.

— En hora buena; puesto que no queréis que las mire, le diré á mi papá que me traiga él aquí. Él no hará tantos aspavientos...

Y allá abajo, á la salida, Jorge Sand estupefacta en su asiento de mármol, sonrío vagamente con una sonrisa que parece cernerse sobre aquella cacofonía de pueblos, de edades, de situaciones, de convicciones y codicias.

Luis de MEURVILLE.



Tienda de árabes nómadas

## KÁBILAS Y ÁRABES

Cuando se entra en la explanada de los Inválidos por la puerta del muelle de Orsay, procediendo de la plaza de la Concordia, se ve desde luego á través de los árboles la blanca silueta de un minarete, cuya cuadrada masa resplandece al sol. Luego se rodea la estación del ferrocarril de Decauville, y á la derecha se deja un campamento de árabes del desierto, de tiendas irregulares, amplias y bajas, lonas rayadas de rojo oscuro y negro, tendidas sobre desiguales estacas.

Allá abajo resuena una música extraña, agria y doliente. Sigamos adelante. ¿Qué construcción es esa, ruda, primitiva, negruzca, cuyo caballete parece vacilante? Es la reproducción de una ladronera sin duda. Pero no, no es tan fatídico el lugar; es una sencilla casa de kábilas de los alrededores del Fuerte Nacional. ¿Qué digo? Un lugarejo entero se ofrece á nuestra vista, luego que se pasa la primera puerta.

Figuraos una plaza interior, trazada por casuchos de barro de aspecto ruinoso, con sus puertas estrechas, desplomadas, y su piso equilibrado Dios sabe cómo, sobre troncos de árbol mal escuadrados.

¡Ah! ¡cuán misteriosos son estos kábilas y qué bien saben ocultar su vida! Una cla-